

CLASES MAGISTRALES

*De la senectud al envejecimiento activo:  
sociología cultural, económica y política de la longevidad*



**Elisa Chuliá**

*Doctora en Ciencias Políticas y Sociología  
Profesora Titular, UNED*

Del 25 al 27 de noviembre de 2019

**Día 1. Lunes 25 de noviembre**

**La (r)evolución de la longevidad: cambio demográfico y cambio cultural.**

- La creciente longevidad (heterogénea).
- Vejez nominal, vejez real.
- Visiones y representaciones socioculturales de la vejez (masculina y femenina) en España.
- El paradigma cultural del envejecimiento activo y sus límites.

**Día 2. Martes 26 de noviembre El poder económico de los mayores.**

- Actividad y ocupación: ¿el mañana ha de parecerse al ayer?
- Las pensiones ante el órdago demográfico del baby boom.
- Perspectivas sobre el comportamiento económico de la población mayor.

**Día 3. Miércoles 27 de noviembre El poder político de los mayores.**

- ¿Hacia la gerontocracia? Liderazgo político y participación de los mayores en los poderes del Estado.
- Mayorías electorales de mayores y sostenibilidad de la democracia.
- El equilibrio político entre generaciones: consideraciones y propuestas.

## Día 1. Lunes 25 de noviembre

### La (r)evolución de la longevidad: cambio demográfico y cambio cultural.

- El siglo más sangriento de la historia, el siglo de los grandes conflictos mundiales, ha sido también el siglo del “giro demográfico”. En efecto, a lo largo del siglo XX se ha producido lo que ya se conoce como la “revolución de la longevidad”, como consecuencia de los extraordinarios avances en el control de la mortalidad a través de la salud pública y la medicina, la alimentación y los hábitos de higiene y cuidado.
- El “avance contra la muerte” (Gómez Franco y Leguina, 2019), que en las sociedades más desarrolladas comenzó a hacerse efectivo desde mediados del siglo XIX, ha sido global, aunque en la actualidad persisten diferencias sustanciales en esperanza de vida (al nacer y a diferentes edades) entre continentes y entre países.
- Japón y España, los dos países del mundo con la esperanza de vida al nacer más alta, se incorporaron más tarde a la revolución de la longevidad, pero avanzaron con mayor rapidez. España destaca, en particular, por haber multiplicado la esperanza de vida al nacer por 2,3 entre 1900 y 2000, de 35 a 79 años (los varones la aumentaron de 34 a 76 años; las mujeres, de 36 a 83 años).
- El control de la mortalidad está en el origen de las transiciones demográficas que se han producido en el siglo XX en los países más desarrollados y, en particular, en la Europa occidental. La primera transición condujo (durante los dos primeros tercios del siglo) de un régimen de elevada mortalidad y fecundidad a otro de baja mortalidad y moderada fecundidad; la segunda condujo (a partir de los años 70) de un régimen de moderada fecundidad a otro de muy baja fecundidad.
- Como consecuencia de este efecto combinado de control de la mortalidad y reducción de la fecundidad, la composición de la población ha cambiado: en términos coloquiales (y no siempre libres de crítica) las sociedades han “envejecido”. Ese “envejecimiento” se verifica en el aumento de la edad mediana de la población y de su proporción de mayores, así como también en el incremento de la tasa de dependencia de la población mayor.
- A la luz de los datos disponibles, parece probable que el proceso de envejecimiento se intensifique a corto y medio plazo: verosíblemente, la esperanza de vida al nacer continuará aumentando (aunque quizá a ritmo más moderado porque las ganancias en longevidad han de conseguirse cada vez a edades más avanzadas), mientras que la fecundidad permanecerá en tasas bajas (por debajo de la tasa teórica de reposición: 2,1 hijos por mujer). La migración

es el principal factor de incertidumbre. Su evolución dependerá, en gran medida, de factores económicos y políticos.

- El cambio en la composición de la población ha traído consigo un cambio en la representación social de los mayores. Ciertamente, persisten dos visiones de la vejez que se pueden rastrear a lo largo de la historia: la vejez llena de privaciones y limitaciones vs. la vejez experimentada, inteligente y emancipadora. Pero la segunda visión parece ganar terreno en el imaginario colectivo (compárense, por ejemplo, las películas clásicas sobre la vejez, como “El último hombre” [F. Murnau, 1924], “Dejad paso al mañana” [L. McCarey, 1937], “Umberto D” [V. de Sica, 1952] o “Cuentos de Tokyo” [Y. Ozu, 1953], con otras modernas, como “Hotel Marigold” [J. Madden, 2011], “Y si vivimos todos juntos?” [S. Robelin, 2011] o “Leisure seeker” [P. Virzi, 2017]; bien es cierto que una película tan emblemática como “Amor” [M. Haneke, 2013] se inserta en la primera tradición).
- El cine español ha otorgado más bien poca importancia a esta etapa de la vida, y cuando lo ha hecho, ha tendido a representar la vejez en tonos más jocosos que dramáticos (cabe citar aquí las películas protagonizadas por Pepe Isbert o Paco Martínez Soria en los años 60 y 70, y muy recientemente, “Abuelos” [S. Requejo, 2019]). En algunos ámbitos/formatos culturales (por ejemplo, en la televisión y la publicidad), los mayores no aparecen representados en proporción al peso demográfico que ya han adquirido. No obstante, no hay indicadores sólidos que permitan atribuir a la sociedad española el calificativo de “edadista” (*ageist*); o, lo que es lo mismo, afirmar la existencia de discriminación cultural contra los mayores.

## **Día 2. Martes 26 de noviembre El poder económico de los mayores.**

- Se afirma a menudo que el envejecimiento de la población implica un riesgo para las economías. En buena medida, esta afirmación está basada en la extrapolación de regularidades observables actualmente. La lógica es la siguiente: “como la tasa de empleo de la población mayor es más baja que la de la población joven, una población en la que la proporción de mayores aumente, será una población con menos empleo”, o “como los mayores son hoy menos productivos laboralmente, cuando su proporción crezca, la productividad global será más baja”.
- Estos escenarios, basados en la proyección de comportamientos actuales hacia el futuro, son probables, pero no necesarios. Un factor crucial puede cambiar el comportamiento de los “nuevos mayores”: su (mucho) más elevado nivel educativo.

- De hecho, la variable “educación” es clave para entender el cambio en el comportamiento laboral de las mujeres adultas. Cada año que pasa aumenta su actividad y su empleo: en 1995, las activas laboralmente (empleadas o en paro) de 55 a 59 años representaban aproximadamente un 25%, mientras que en 2018 se acercaban a dos tercios (65%); en cuanto a las mujeres de 60 a 64 años activas, en 1995 rondaban el 15%, pero en 2018 casi llegaban al 40%. Si se centra la atención en la evolución de la ocupación durante lo que va de siglo XXI, la tasa de empleo de las mujeres de 55 a 64 años ha crecido 25 puntos entre el año 2000 y el 2019 (de 21% a 46%). Así pues, si bien la proporción de empleados varones de 55 a 64 años es más alta que la de las mujeres, esta última aumenta a un ritmo más rápido; una tendencia al alza que ni siquiera ha sido frenada por la crisis de 2008-2013 (sin ella, probablemente habría sido todavía mayor).
- A pesar del aumento de la actividad y el empleo de los trabajadores en edades previas a la jubilación, las estadísticas permiten apreciar que en los últimos 50 años se ha adelantado considerablemente la salida del mercado de trabajo en España. En 1970, la edad promedio de salida del mercado de trabajo de los hombres se situaba por encima de los 69 años; en 2016 apenas superaba los 62 años.
- La edad media de abandono del mercado de trabajo (y la de altas de jubilación) ha venido retrasándose durante la última década, pero solo lentamente. Explica esta lenta evolución la combinación de preferencias sociales extendidas (los 65 años son para muchos no tanto una “tiránica barrera” que impide seguir trabajando, cuanto una “ansiosa meta” consistente en dejar de estar sometido a obligaciones laborales) y estrategias corporativas de rejuvenecimiento (y abaratamiento) de las plantillas.
- Esta combinación de preferencias e intereses plantea un problema, toda vez que el retraso de la jubilación constituye la medida más efectiva para evitar un crecimiento del gasto en pensiones que pueda reforzar el sesgo ya existente en muchos Estados del bienestar a favor de los mayores.
- Actualmente, el gasto en pensiones contributivas de la Seguridad Social crece empujado por el aumento anual del número de pensiones, de la pensión media y de la duración de la percepción de la prestación. La incorporación de los *baby boomers* (nacidos entre 1957 y 1977) intensificará previsiblemente el impacto de los tres factores, pero, sobre todo, del primero.
- La política en España (élites y sistema político-institucional) ha dado muestra de grandes dificultades para aprobar reformas del sistema de pensiones basadas en la previsión y la transparencia. No hay reformas sencillas políticamente, pero la inacción ya no es una opción, y demorar los cambios que contengan el aumento del gasto es irresponsable (y socialmente

injusto, ya que los menos informados —que suelen ser también los menos formados— acabarán siendo los peor preparados financieramente para afrontar pérdidas de ingresos por pensiones si se efectúan recortes).

### **Día 3. Miércoles 27 de noviembre El poder político de los mayores.**

- La magnífica noticia del aumento de la longevidad a edades avanzadas refuerza el sesgo de los Estados del bienestar a favor de los mayores de manera automática (es decir, no por decisiones políticas específicas, sino porque cada vez más personas mayores cobran pensión, precisan servicios sanitarios o cuidados de larga duración). Mantener (y a ser posible, mejorar) esas prestaciones o servicios es lógicamente un objetivo de fundamental importancia para los mayores.
- Según investigaciones de sociología electoral recientes, el comportamiento electoral en España se explica cada vez menos en función del eje izquierda —derecha (el eje ideológico tradicional que confronta a obreros/trabajadores frente a clases medias acomodadas y medias-altas) y, cada vez más, por la posición de los votantes respecto a las políticas sociales y el Estado del bienestar.
- Quienes viven del Estado como perceptores de prestaciones tienden a votar en mayor medida a los partidos tradicionales, porque aparte de que son “sus” partidos (los que han marcado el espacio político desde los años ochenta), también son las formaciones políticas que, desde el gobierno, han desarrollado el Estado del bienestar (de lo cual se puede deducir que su compromiso con él es mayor).
- El electorado que por razón de edad es dependiente del Estado aumenta año tras año. Pero su peso crece no solo porque aumenta su tamaño (en el censo electoral de 2015, su número ascendía a 14 millones, aproximadamente el doble de los registrados de 18 a 34 años), sino también porque su participación electoral es, en comparación con la de otros grupos de edad, muy elevada. Por ejemplo, se ha estimado que en las elecciones de 2011 la participación de los mayores de 54 años (82%) fue 24 puntos más alta que la de los jóvenes (58%); en las elecciones de 2015, la superó en 11 puntos (66% y 77%, respectivamente), y en las de 2016, en 18 puntos (61% y 79%, respectivamente).
- La combinación de mayor tamaño demográfico y mayor participación electoral provoca que por cada voto efectivo de los jóvenes (menores de 35 años) se registren 2,6 votos de los mayores de 54 (según cálculos de González y Garrido, 2019-2020).

- En definitiva, los grandes partidos tradicionales tienen más “futuro” electoral que los nuevos partidos, pero estos partidos aumentan su dependencia de unas generaciones muy conscientes de sus intereses y movilizadas electoralmente que pueden acabar desplazando de la agenda política las demandas de otras generaciones. En estas circunstancias, no importa que los líderes políticos sean jóvenes porque acabarán defendiendo los intereses de los mayores.
- ¿Cómo se podría contener este proceso de creciente subordinación de la política a las preferencias y los intereses de los mayores? El fomento de la natalidad se esgrime como solución a medio plazo, pero las políticas pronatalistas cuentan con bastantes adversarios que las consideran intervencionistas, además de poco eficaces. Algunos países han optado por bajar el límite de edad para votar (por ejemplo, Austria, Grecia y varios estados federados de la República Federal de Alemania). Se ha propuesto asimismo la reflexión sobre fórmulas electorales que aumenten el peso del voto de padres y madres con hijos menores.
- Ninguna propuesta carece de problemas de diseño e implementación. Conviene observar y analizar las experiencias de otros países que afrontan problemas similares, evaluando los resultados de las políticas que despliegan. Entre estos países merece especial atención Japón, que está elaborando una estrategia integral impulsada por el Consejo para Diseñar la Sociedad de los 100 Años. El gran objetivo de esta estrategia consiste en desarrollar los recursos humanos con el fin de conseguir fuertes aumentos de la productividad que generen crecimiento económico e ingresos públicos.